

PARTE I

MUNDO DE PROBLEMAS

UN DÍA DE AQUEL OTOÑO SE CELEBRABA LA JORNADA DE DONACIÓN DE sangre en el parque de bomberos de Grafton. El *sheriff*, Dan Norman, acudió como gesto de buena voluntad, pero una de las enfermeras no había aparecido, así que a Dan no le quedó más remedio que ayudar, colocando la gasa en el brazo de los donantes.

—Muchas gracias —les decía a todos.

La tarde acababa de comenzar cuando Louise Darling, a quien Dan solo conocía de vista, entró en la sala. Venía acompañada de Tiny Darling, su marido. Dan estaba convencido de que Tiny había perpetrado algún que otro robo en la granja de Westey, en la carretera 18, pero no tenía pruebas de ello.

Louise llevaba un pañuelo rojo en la cabeza. Se quitó el chaquetón militar para que la pincharan. Vestía una camiseta verde oscura con un bolsillo a la altura del pecho. Dan admiró un instante las pálidas y esbeltas muñecas de la mujer y le colocó la gasa.

—Muchas gracias, señora Darling —dijo el *sheriff*.

Después le tocó el turno a Tiny. Era pelirrojo y tenía tatuado un búho en el dorso de una mano.

—Deberían enviar esta sangre a Port Gaspar —dijo.

—¿Adónde? —preguntó Dan.

—A Port Gaspar —repitió Tiny—. El ejército vendió a los esquimales un cargamento de salmón congelado que estaba en mal estado y todos han caído enfermos. Se les ha envenenado la sangre. Y ¿sabe lo que ha hecho el ejército? Pues les ha enviado a un grupo de abogados para amenazarlos.

—¿Dónde está Port Gaspar? —preguntó Dan.

—En el Polo Sur —contestó Louise. Tenía ojos verdes grandes y pecas pálidas por todo el rostro—. Lo oímos en la radio. Puede que no fuera el ejército, pero fijo que llegaron en barcos de la Marina.

16 —Como observadores —interrumpió Tiny—. Se quedaron en las cubiertas de los barcos. Y ahora a los esquimales les tienen que sacar toda la sangre.

El *sheriff* soltó el brazo de Tiny y se dirigió a Barbara Jones, la enfermera.

—¿Adónde va toda esta sangre? ¿A la beneficencia?

—Sí —contestó la enfermera—. Recuerdo que una vez a una prima lejana mía se le envenenó la sangre, y hay que tener cuidado. Creo que la conoce, Dan..., es mi prima Mary.

—¿Mary Ross? —preguntó el *sheriff*.

—Mary Jewell —corrigió la enfermera—. Su madre era Ross... Viola Ross. Era prima carnal de Kenny Ross, el que fue a Corea. No podía ni moverse.

Louise Darling se estiró el chaquetón y ladeó la cabeza.

—No estoy segura de que fueran esquimales —dijo.

—Pues yo sí —repuso Tiny—. Los abogados dijeron: «Como haya más quejas limpiamos el pueblo de un plumazo con un quita-nieves».

—Esa gente hace las casas con nieve —dijo Dan.

—Muy agudo —contestó Tiny.

Después de aquello Dan Norman se encontró un domingo por la noche a Tiny en una pelea en el bar Lime Bucket. A Dan le desagradaban las peleas de los bares desde que en una de ellas le hundieron un taco de billar en la espalda y tuvo que estar todo el verano yendo al quiropráctico en lugar de disfrutar del buen tiempo. El quiropráctico guardaba una botella de vodka en una caja fuerte grande detrás del escritorio e insistía en que lo llamaran doctor Jim el Joven porque, decía, a su malogrado padre siempre se le había conocido como el doctor Jim el Viejo. Aquella noche Tiny tenía a Bob Becker agarrado por la capucha de la sudadera roja y le estaba golpeando la cabeza contra las barras de un fútbolín.

Dan cogió a Tiny por el cuello y lo sacó del bar. Era la primera nevada del otoño, que caía sesgada en la calle desierta. Tiny estaba borracho aunque se mostraba atento a lo que sucedía. Por lo que Dan pudo averiguar, la pelea se produjo entre los que argumentaban que la carrera de la cantante Tanya Tucker estaba acabada y los que defendían lo contrario; Tiny era de esta última opinión.

Dan y Tiny salieron en el coche patrulla hacia los calabozos de Morrisville, en dirección suroeste, por la calzada asfaltada de Pinville. A mitad del camino Tiny intentó darle un puñetazo a Dan, que tuvo que parar el coche, sacarlo, esposarlo y meterlo en el asiento de atrás.

—Siempre me pareciste un tipo listo —dijo Dan a través del panel enrejado del coche—, y ahora resulta que estaba equivocado.

—Me duelen los brazos —se quejó Tiny.

—Pues date con la cabeza en la manilla de la puerta para que te duela también —contestó Dan.

Se hizo un largo silencio.

—Tiene nieve en el sombrero —dijo Tiny.

Dan redujo la velocidad para evitar atropellar a un mapache que cruzaba a tientas la carretera.

—Sabemos que fuiste tú quien entró en la granja de Westey —le dijo—. Menuda chapuza lo de la puerta, por cierto, aunque no sé por qué lo menciono, porque no lo vamos a denunciar.

Tiny se rio.

—¿Qué altura tiene este coche patrulla? —preguntó—. ¿Cincuenta centímetros?

Los calabozos de Morrisville estaban casi a oscuras y dentro dos agentes y unos amigos proyectaban diapositivas de mujeres desnudas sobre un mapa del condado.

—Esta noche me gustaría estar en la granja de Floyd Coffee —dijo Earl Kellogg, ayudante del *sheriff*.

18 Dan les ordenó que apagaran el aparato y que encerraran a Tiny en una celda. Luego se sentó a hacer el papeleo.

—Los drogatas andan por ahí sueltos —se quejó Tiny—, unos tipejos apuñalan a otro en el callejón detrás del banco, y aquí estoy yo, que el otro día hasta doné sangre.

—¿Cómo te llamas de verdad, Tiny? —preguntó el *sheriff*.

—Charles —contestó Tiny—. Trabajo en el almacén de suministros de fontanería.

—¡Embustero! —exclamó Earl Kellogg—. Dan, ha llamado la hija de Ted Jewell. No me acuerdo de su nombre.

—Tienen una Shea y una Antonia —añadió Ed Aiken, el otro ayudante del *sheriff*.

—Vale, vale —contestó Earl—. La cosa es que la clase de los pequeños de Morrisville-Wylie organiza una fiesta contra el vandalismo y esa Shea Jewell quiere que tú seas el invitado de honor. Tenían a Rollie Wilson, el de los servicios sanitarios, pero ya sabes que se le ha incendiado no sé qué.

—Ya veremos —dijo Dan.

—Me ha dicho que la fiesta es informal —añadió Earl.

Dan desenchufó el proyector, cogió las diapositivas y se marchó. Seguía nevando. Cogió una rotonda en dirección a Grafton y sin

darse cuenta se encontró frente a la casa de Tiny y Louise. Se veía la luz de la entrada a través de los árboles. Tenían alquilada la antigua granja de Harvey e Iris Klar, que todavía pertenecía a su hija Jean, quien vivía a unas treinta millas de allí, en Reinbeck, y cuyo trabajo tenía algo que ver con la fábrica de ladrillos y azulejos de aquella ciudad.

Dan aparcó enfrente de la casa y salió del coche. Un perro blanco con una cabeza enorme saltó del porche y se le acercó brincando, silencioso, por la nieve azulada; Dan le pidió que regresara al porche. Entretanto, Louise Darling ya había abierto la puerta y Dan se dirigió hacia ella. Los cimientos de la casa estaban revestidos de fardos de heno; buena idea, pensó el *sheriff*. Louise llevaba pantalones vaqueros y una sudadera blanca. Dan entró en la casa, cerró la puerta y se percató de que Louise no llevaba zapatos ni calcetines. El salón estaba a oscuras salvo por los reflejos violáceos de la televisión.

Louise encendió una lámpara de mesa.

—¿Dónde está Tiny? —preguntó.

Llevaba la melena castaña echada hacia un lado. En un rincón, una cámara negra descansaba en un trípode: Louise trabajaba en la tienda de fotos Kleeberg de Stone City.

—Se ha metido en una pelea con Bob Becker en el Lime Bucket —contestó el *sheriff*—. Está bien, aunque un poco borracho, así que lo he metido por esta noche en una celda en Morrisville.

—No estará herido —exclamó Louise.

—No —contestó Dan—. Ha ganado la pelea.

—¿De qué se le acusa?

—De nada —contestó Dan—. Yo no quiero saber nada del asunto. ¿Qué estás viendo?

—Pero ¿qué dices? —preguntó Louise—. ¿Qué es eso de que no quieres saber nada del asunto?

Dan miraba la televisión.

—Lo soltarán por la mañana. A las ocho, a la hora del cambio de turno, lo dejarán marchar.

Louise sorbió un líquido ámbar de un vaso pequeño.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¿Por qué no lo dejan en paz?

Dan se sentó en el brazo de una silla.

—Louise —dijo—, eso mismo podríamos decir muchos, que a ver si deja de enredar, que ya cansa.

Louise cogió un paquete de tabaco y se sentó en el sofá.

—Es verdad —admitió.

—¿Qué es eso? —preguntó Dan, haciendo un gesto en dirección al televisor.

20 —Es la KROX, *Comix Classix* —contestó Louise mientras encendía un cigarrillo—. El cura ese está agotado y una polilla lo está volviendo loco. Lleva todo el día subiendo y bajando montes en una bici.

—Ya veo —dijo Dan.

—Es una comedia ambientada en Italia.

Tras quedarse extasiado un minuto ante la pantalla, Dan se quitó el sombrero y lo colocó en una de sus rodillas.

—Me duele la cara —dijo Louise.

Dan se marchó a su casa en el coche patrulla. Se comió un sándwich de huevo frito con una cerveza Miller. Vivía en una caravana blanca y azul turquesa a las afueras de Grafton. Echó un vistazo a las diapositivas pero las imágenes eran demasiado pequeñas.

Dan se había dado cuenta de que Louise llevaba pintadas de rojo oscuro las uñas de los pies y se la imaginó aplicándose el esmalte en una habitación vacía de aquella granja expuesta a la intemperie.

En febrero, cuando todavía quedaba nieve en las calles, comenzó una extraña serie de robos por toda la región. Los artículos sustraídos eran enormes: cosechadoras y camionetas; incluso una máquina

quitanieves amarilla desapareció de las cocheras del condado, a las afueras de Wylie. La maquinaria se desvanecía como por arte de magia. Enseguida se empezó a rumorear que se trataba de una banda organizada, una banda a la que la gente llamaba los Transportistas de Mercancías. Se discutía mucho al respecto pero no se llegaba a ninguna conclusión.

A Henry Hamilton le robaron un tractor del cobertizo donde guardaba los vehículos y la maquinaria. Cuando Dan llegó para tomarle declaración, Louise estaba allí. Era un domingo por la mañana y Louise llevaba puestas unas orejeras azules. Henry se dedicaba a la cría de gallinas y la mujer llevaba en los brazos una huevera gris.

21

Entraron los tres en la nave seguidos de Mike, el pastor alemán de Henry. El cobertizo estaba construido con láminas de estaño y el techado era de plástico traslúcido verdoso. Había en él una camioneta azul, un recolector de maíz y el espacio vacío del tractor robado. No se oía ni una mosca. Henry sacó el tema de los Transportistas de Mercancías.

—Por lo visto se llevan a Texas lo que roban en unos vagones de tren camuflados —dijo—. Mi tractor es un Allis-Chalmers color naranja con radio incorporada. Le había puesto una sombrilla para protegerme del sol en verano. Supongo que la habrán quitado.

—¿Estaba cerrado con llave el cobertizo? —preguntó Dan.

—No, no lo cierro nunca —contestó Henry—. Tengo todas las llaves metidas en un cajón y no sé cuál es de qué puerta.

—A lo mejor deberías cambiar esa costumbre —sugirió Dan.

—Me imagino que lo habrán robado los tipos esos de las mercancías —dijo Louise.

Dan paseó por el cobertizo removiendo la tierra del suelo con las botas.

—A mí me parece que lo de la banda esa es un cuento chino —dijo.

—¿Qué? —preguntó Louise, levantando una de las orejas.

—Que en mi opinión se está exagerando.

—Pues no es eso lo que piensa el de la oficina del condado —repuso Henry—. Dice que hay cosas que uno puede pasar por alto, pero no cuando te las hacen delante de tus narices. Dice que eso no debería permitirse. Lo único que hay que hacer es acercarse a la estación y preguntar a los de por allí.

—Creía que solo les interesaban los artículos grandes de verdad —repuso Dan.

Henry encendió la pipa y apagó la cerilla con un movimiento de la mano.

22 —El tractor que me han robado es bien grande —dijo.

Mike levantó la cabeza y soltó un ladrido en dirección a la luz vercosa que atravesaba el techo.

—Mike nos está intentando decir que los ladrones vienen del espacio exterior —explicó Louise.

—No, lo que le pasa a Mike es que ha visto una golondrina saliéndole de la cabeza —aclaró Henry.

Dan y Louise dejaron el cobertizo y caminaron frente al granero de Henry, junto a la pocilga. Louise metió la punta de la bota entre dos maderos y unos cerdos se acercaron a mordisquearla.

—Supongo que tú no has echado nada en falta —dijo Dan.

Louise se quitó las orejas y los dos protectores se pegaron como imanes.

—Anoche vi unas luces que subían y bajaban por las paredes de la casa —contestó Louise—, y pensé que podría ser Tiny. Nos hemos separado y se me ocurrió que a lo mejor venía a molestarme; está enfadado por toda la historia.

—¿Que os habéis separado? —preguntó Dan—. ¿En serio?

Louise se frotó la nariz con el reverso del guante.

—No nos llevábamos bien —dijo—. Hablábamos, pero no había manera de que nos entendiéramos.

—¿Por qué piensas que a lo mejor está enfadado? —preguntó el *sheriff*.

—Cualquiera lo estaría —contestó Louise—. Han sido casi siete años y he empezado a preguntarme en qué estaría pensando todo ese tiempo.

—¿Te ha amenazado alguna vez? —preguntó Dan—; ¿te ha pegado?

—No —contestó Louise—. Casi, pero nunca me ha tocado.

—No hay ninguna razón por la que tengas que quedarte callada —explicó Dan—. Eso no está escrito en ninguna parte.

—No es eso a lo que me refiero —aclaró Louise—. Nunca provo- ca daños personales. Se frustra y ya está.

—Y tú te has quedado en la granja —dijo Dan.

—Sí —asintió Louise—. Tiny se ha ido a vivir con su hermano Jerry Tate a Pringmar. Está bien porque Jerry salió con su motonieve el día de Nochevieja. Llevaba una bufanda que se le enganchó en la cadena.

—¡Qué mala suerte! —exclamó Dan.

Louise abrió y cerró la huevera.

—Jerry tiene suerte de estar vivo —dijo Louise—. Es una separación temporal.

—Podemos facilitarte lo que llamamos atención especial —propuso Dan—. Se trata de patrullar por tu casa de vez en cuando. No es mucho, pero algo es algo.

—Todo lo que me queda es el cochambroso Chevrolet Vega —dijo Louise—. Los bajos están casi por los suelos, así que, por mí, como si se lo llevan los de la banda esa.

—Mira, es lo que sucede a veces —dijo Dan—, que uno va conduciendo y pasa al lado de una camioneta que tiene los intermitentes de emergencia puestos. Digamos que hay un montón de paja esparcida por todo el suelo y un hombre o una mujer está recogién- dola. Pues bien, uno ve lo que ha sucedido, aunque, evidentemente,

es demasiado tarde para poder ayudar porque la paja ya está en el suelo.

—Un momento, me he perdido —interrumpió Louise, parpadeando.

Dan hizo una pausa. Casi oía el aleteo de sus párpados.

—Cuando los fardos se caen —dijo por fin.

Henry apareció por la esquina del granero con un cubo en la mano.

—¿Quieres huevos o no? —preguntó.

Los llevó al gallinero rojo, que no era más que una caseta baja y oscura. Las gallinas revolotearon y corrieron despavoridas en todas direcciones.

24

Dan consiguió que Paul Francis, de Chesley, que poseía una avioneta, le ayudara a buscar la maquinaria robada. Salieron del aeropuerto regional de Stone City y se dirigieron hacia el sur. El paisaje del condado ya había adquirido el gris pardusco invernal que se mezclaba con el blanco apagado de la nieve. Después de despegar, Paul, como todos los pilotos de avionetas que Dan conocía, le propuso que fuera él quien pilotara.

—Mira a la izquierda —le dijo Paul—; mira a la derecha; mira arriba. También hay que mirar arriba.

El sol estaba saliendo.

—¿Dónde esconderías tú un quitanieves? —preguntó Dan.

—No dejes de mirar en todas direcciones —insistió Paul—. ¿Dónde aterrizarías en caso de emergencia?

—En caso de emergencia te devolvería los mandos —contestó Dan.

La avioneta avanzaba zumbando por el aire azulado. El motor a reacción rugía y la calefacción inundaba la cabina, aunque el frío exterior formaba una cortina resplandeciente a su alrededor. Cuan-

do Dan movió la palanca para comprobar cómo respondía la avioneta, una de las alas se ladeó y el vehículo se elevó hacia el inmenso espacio acuoso.

—¡Nivela, nivela! —gritó Paul.

Dan escudriñó una hilera de mandos negros que acababa en un medallón dorado que decía: «¡Los cielos son tuyos, oh mi Señor!».

—No estás mirando, Dan —reprochó Paul—. Olvídate de los mandos ahora. Te los voy a tener que tapar con cinta aislante.

—No me gusta esto —dijo Dan—. No me gusta pilotar. Para eso estás tú, así que llévame a Martins Woods. Te lo digo en serio. Se acabó la lección.

—Vale, vale.

No dijeron nada durante unos minutos. Dan contemplaba los campos nevados, los arroyuelos resplandecientes y los coches sobre el asfalto oscuro.

—¿Te has planteado venir a las reuniones metodistas? —preguntó Paul.

—No —contestó Dan.

Volaron una hora más. Cuando Paul se estaba preparando para aterrizar, no le gustó la posición de las alas y decidió elevar la avioneta de nuevo. Ascendían hacia el sol y Dan tuvo que cubrirse los ojos con la mano. Tras un rodeo, aunque a Paul seguía sin convencerle el posicionamiento de las alas, aterrizó el aparato, que rebotó como una pelota en la pista. Dan se golpeó una oreja contra la ventanilla.

Dan recogió a Louise en la tienda de fotos Kleeberg al final del día, y de allí fueron en el coche patrulla a un establecimiento de esmóquines situado en la autovía 18. Había un vehículo verde en el aparcamiento.

—Creo que está cerrada —dijo Dan.

—No puede ser. Hoy es jueves y todas las tiendas abren al público hasta las nueve —contestó Louise—. ¿Es una cita?

—¿Qué es una cita?

—Todo esto.

—Yo que sé; más o menos.

Dan salió del coche y Louise lo esperó en la acera, desde donde contemplaron el escaparate repleto de chaquetas brillantes.

—No me dirás ahora que no está cerrada —dijo Dan.

Sin embargo, empujó la puerta y se abrió. Un hombre de torso fornido y patillas puntiagudas que llevaba pantalones tejanos y botas de vaquero observaba una faja de frac.

26

—La señora se ha marchado —dijo—. Había una señora aquí hace un momento, pero se ha ido.

—¿Son de campana? —preguntó Louise, señalando los dobladillos de los vaqueros del hombre.

—No, son rectos —contestó y, en un instante, alcanzó la puerta y salió.

Louise vio cómo se marchaba en el coche verde.

—¡Rectos! ¡Y una mierda! —exclamó Louise.

Dan se dirigió a la trastienda.

—¡Hola! —saludó a una mujer que estaba tumbada con los ojos cerrados sobre un sofá grande de vinilo verde.

—¿Está muerta? —preguntó Louise.

Dan negó con la cabeza.

—Mueve el estómago —dijo—, así que debe de estar dormida.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Louise.

—Tengo una chaqueta y unos pantalones negros en casa —contestó Dan—, así que lo único que me falta es la corbata.

Cogió de un estante una corbata estrecha de cuadros rojos, se la colocó debajo de la barbilla y se aclaró la garganta.

—Espera —dijo Louise.

Encontró una camisa blanca envuelta en papel de celofán y la acercó al pecho de Dan.

—No creo que debas llevar cuadros a menos que sea el distintivo de tu clan.

—Ten en cuenta que la fiesta es solo medio formal —dijo Dan.

—Lo vi en el *National Geographic* —aclaró Louise—, en un reportaje sobre Escocia.

—Pues yo no me acuerdo del tartán de mi clan —contestó Dan.

—Coge la camisa también —indicó Louise.

Louise se probó una chaqueta azul pálido de solapas anchas. Se miró en un espejo de tres paneles y le estaba tan grande que solo se le veían las uñas por encima de las mangas.

27

—Parezco un espantajo.

Dan se guardó la corbata en el bolsillo y se acercó al espejo en el que Louise se miraba con el pelo metido por dentro del cuello de la chaqueta. Dan se lo sacó y lo puso sobre los hombros, como si se tratara de una prenda de vestir. Vio el cuerpo de Louise repetido en los espejos. Ella apoyó la nuca sobre las manos de Dan, cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—Te has hecho una herida en la oreja —dijo, y se besaron.

En la fiesta contra el vandalismo que se celebraba en el gimnasio de Grafton, Dan se colocó cerca de la barra vigilando que nadie echara nada a las bebidas. Charló con la señora Thorsen, la diminuta profesora de Ciencias, a la que la cintura se le juntaba con el pecho. Un grupo llamado Brian Davis and the Slagheap tocó sus canciones y algunas versiones que habían adaptado para la ocasión. De vez en cuando Dan se acercaba a las puertas del vestíbulo para vigilar a los chicos bebidos que merodeaban por allí.

El gimnasio estaba a oscuras salvo el escenario, de donde la música salía despedida como láminas de aluminio. Cuando tocaban algo rápido a Dan le recordaba a los ponis y cuando la canción era lenta pensaba en la gente vagando bajo el frío invernal. Habían levantado en el centro del gimnasio un tenderete con una exposición misteriosa, en el que se mostraba un estante hecho con unas tablillas altas, encima de las que habían colocado una ventana, abierta, de doble hoja, y a uno de los lados habían atornillado un foco amarillo intermitente.

28 —Es un *collage* de artículos empleados en el vandalismo —explicó la señora Thorsen, que llevaba un vestido amarillo y se había pintado demasiado los ojos—. La valla, el cristal, la luz de la obra. Habían pensado hacer otra exposición en la que iban a romper el cristal y pintar en la verja, para mostrar el antes y el después. No sé por qué no lo han hecho porque seguro que eso habría sido más efectivo.

—Fijo —asintió Dan.

—Pero no pienso decir nada —añadió la señora Thorsen—, porque esos tenderetes siempre son una mierda. Todas las fiestas de este tipo son iguales. Tendría que haber visto la de las Escaleras al cielo.

Tras el descanso, Brian Davis volvió con sus Slagheap y tocaron *Rikki don't throw that lumber*. La señora Thorsen comenzó a contarle a Dan que criaba chinchillas con su marido. Tuvo que hacerlo a gritos. Algo les pasaba a las chinchillas, aunque Dan no entendió qué. En aquel momento Tiny entró en el gimnasio con una palanca metálica azul. Más tarde, los asistentes dijeron que parecía la escena de un vídeo musical en el que todo el mundo bailaba como hipnotizado al son de *China Grove*. Dan estaba de espaldas, pero la señora Thorsen, embutida en su vestido amarillo, vio pasar por delante de la barra a Tiny, que se dirigió al *collage* del tenderete, golpeó con la palanca la ventana y cientos de cristalitos alcanzaron el escenario.

Reventó la bombilla anaranjada y astilló las tablillas de la valla. Dan corrió hacia él y trató de inmovilizarlo. «Uau, uau, China Grove», cantaba Brian Davis. Tiny se deshizo del *sheriff* y, sin saber cómo, Dan notó la palanca en la cabeza. No pareció intencionado y, por suerte, solo fue un leve golpe en la sien. Dan cayó hacia atrás sobre la valla y Tiny salió corriendo.

Para cuando se recogieron los cristales y el resto de los destrozos causados por el incidente y Dan había convencido a la señora Thorsen de que la fiesta debía continuar, Tiny ya se había largado y los golfillos de fuera se habían desplazado estratégicamente hacia el campo de béisbol al otro lado de la calle. Dan se puso la chaqueta y se metió en el coche patrulla con mucho cuidado. Después de todo, aunque no parecía nada grave, había recibido un buen golpe en la cabeza. Se dispuso a comunicar por radio el incidente, pero cuando giró el botón para sintonizar la frecuencia la luz del dial se apagó.

29

Se dirigió hacia el este por el camino de gravilla hasta la granja de Louise. La encontró sentada a la mesa de la cocina sobre la que había desmontado una cámara de fotos.

—Debe de ser telepatía —dijo—, porque acabo de ver una película de policías y de repente apareces por la cocina.

—¿Ha estado Tiny por aquí? —preguntó Dan.

—Hace un par de días —contestó Louise—. Y no te pierdas lo que vino a buscar: un vaso que le dieron en el hotel Sands de Las Vegas. «¿Dónde está mi vaso del Sands? —dijo—. ¿Dónde está mi vaso del Sands?». No tenía ni idea de a qué se refería y le dije: «¿Qué vaso, Tiny?; ¿un vaso con arena?». Estaba como loco con el vaso.

—¿Para qué lo quería? —preguntó Dan.

Louise se encogió de hombros mientras contemplaba un destornillador con el mango rojo que tenía en la mano.

—Supongo que para beber en él —contestó Louise—. También quería llevarse otros vasos. Me imagino que su hermano Jerry no tiene muchos cacharros en la cocina.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Dan.

Louise asintió.

—Aunque no puedo decir lo mismo de esta cámara.

Dan observó las piezas de la máquina extendidas sobre el mantel a cuadros: resortes, espejitos y clavijas.

—Dame la mano —le pidió Dan.

Louise se la dio. Los dedos eran fuertes y estaban calientes.

—Gracias —dijo Dan.

Las entrecruzaron encima de la mesa.

—De nada —contestó Louise.

30 Dan llamó a Ed Aiken desde el teléfono de Louise y quedaron en verse en Prigmar, en la casa del hermano de Tiny. Jerry Tate vivía en un bungalow gris situado en una ladera, junto a la carretera. La vivienda estaba rodeada de arbustos y de las ventanas todavía colgaban luces navideñas. Jerry Tate les invitó a sentarse, aunque les dijo que no podía ofrecerles café porque le habían prohibido moverse después de las nueve de la noche.

—Tuve un accidente con una motonieve —les contó— y se me han dislocado siete huesecillos. Puede que no vuelva a recuperarme al cien por cien, pero el médico dice que las lesiones no interferirán en mis planes.

—¿Qué planes son esos? —preguntó Dan.

—Es una manera de hablar —contestó Jerry.

Ed Aiken preparó el café, se lo tomaron y Jerry les dijo que quizá no era asunto suyo, pero que a él le parecía que si Tiny veía los coches patrulla fuera, lo más probable era que se largara. Dan y Ed salieron a ocultarlos y a comentar un par de asuntos, y cuando regresaron a la casa Jerry había cerrado la puerta con llave y apagado las luces.